



RAFAEL PALMERO RAMOS
OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

«GLORIA A DIOS EN EL CIELO Y EN LA TIERRA PAZ» (Lc 2,14)
Navidad 2008 – Año Nuevo 2009

Del 25 de diciembre, Natividad del Señor, al 6 de enero, Epifanía y Adoración del Niño por los Magos, hay en el calendario litúrgico otra fecha señalada con trazos luminosos: el 1 de enero, fiesta de Santa María, Madre de Dios. Ese día la Iglesia celebra, con el estreno del nuevo año, la Jornada Mundial de la Paz. Se nos habla en estas fiestas familiares del consabido *espíritu navideño*. Y da la impresión de que olvidamos que no consiste en consumir más cosas, o tirar la casa por la ventana o superar los límites de nuestro colesterol, sino que el verdadero espíritu de la Navidad ha de despertar en nosotros un anhelo fuertemente arraigado en el corazón de todos: la PAZ.

No una paz a pactar con condiciones por las partes en litigio; ni una paz que se entregue a plazos (como si fuera un coleccionable por fascículos); ni una paz escuchimizada o de segunda mano; tampoco una paz a la medida de nuestros propios intereses o aspiraciones, en ocasiones mezquinas y egoístas. Es la verdadera paz, que nunca podremos construir los hombres con nuestro solo esfuerzo. Es como el maná que descendía del cielo para alimentar al pueblo de Israel en el desierto. Sí. Necesitamos esa paz que, llovida de lo alto como un regalo de Dios, ha de guiar nuestros pasos por caminos trillados cada día, por senderos que ocultan *minas anti-persona*: odios, rencores, venganzas, guerras, enfermedades, explotación

sexual... y tantísimas *armas de destrucción masiva* que hemos ido sembrando a lo largo y ancho de nuestro planeta.

Anhelamos la paz que brota y nace de la gloria de Dios: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres, objeto de su amor» (Lc 2,14). Este cántico angelical, el primer villancico de la historia entonado por criaturas celestiales, se ha convertido para siempre en el sonido interior de la Navidad. Este cántico, escribió Benedicto XVI en una meditación siendo arzobispo de Múnich, «nos ayuda a entender de qué trata la Navidad. Contiene un término clave que, justamente en nuestro tiempo, mueve a los seres humanos como casi ningún otro: la paz. La palabra bíblica *shalom* dice mucho más que la mera ausencia de guerra: afirma el recto estado de los asuntos humanos, el estado de salvación: un mundo en el que reinen la confianza y la hermandad, en el que no haya temor ni carencias, ni insidias ni mendacidad. En la tierra paz: ése es el objetivo de la Navidad»¹.

Sí, para que sea estable y duradera, la verdadera paz ha de estar sólidamente fundamentada en la gloria de Dios. «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor», cantamos con aire jubiloso y suave tintineo o repique fuerte de campanas en la Misa del Gallo. Este himno de alabanza «presupone un primer elemento sin el cual no puede haber una paz duradera: la gloria de Dios. Ésta es la doctrina de Belén sobre la paz: la paz entre los hombres proviene de la gloria de Dios. Quien esté interesado en los hombres y en su salvación debe preocuparse antes que nada por la gloria de Dios... Cuando Dios no es glorificado entre los hombres, el hombre no puede permanecer en su propia *gloria*, en su honor. La Navidad tiene que ver con la paz entre los hombres justamente *porque* en ella se restauró la gloria de Dios entre los hombres»².

¹ *La bendición de la Navidad*, Herder 2007, 89.

² *Ibid.*

Que el Niño Jesús nos conceda en las fiestas navideñas que se acercan el regalo de esa paz tan ansiada. Y que nosotros, por nuestra parte, glorifiquemos el nombre de Dios con palabras, pensamientos y acciones. En particular y conviviendo juntos. Que llueva abundantemente sobre todos el rocío de su gracia; que caigan sin cesar sobre esta tierra nuestra copos de amor inmenso de un Dios que quiso plantar su tienda y levantar su casa entre nosotros:

«Es hermoso cantar como los ángeles
en la noche más tierna;
seguir a aquel pastor embelesado
que cuenta las estrellas.
Que está nevando Dios, que está nevando
amor sobre la tierra»³.

En *La ciudad de Dios*, san Agustín nos brinda una página bellísima sobre la verdadera paz. Todo un tratadito sobre la misma. Reflexiona y escribe en referencia siempre al orden establecido por Dios en la creación. «La paz del cuerpo –precisa en ondas concéntricas que se van expandiendo progresivamente– es la ordenada compleción de sus partes; y la del alma irracional, la ordenada causa de sus apetencias. La paz del alma racional es la ordenada armonía entre el conocimiento y la acción; y la paz del cuerpo y del alma, la vida bien ordenada y la salud del alma. La paz entre el hombre mortal y Dios es la obediencia ordenada por la fe bajo la ley eterna. Y la paz de los hombres entre sí, su ordenada concordia. La paz de la casa es la ordenada concordia entre los que mandan y los que obedecen en ella, y la paz de la ciudad es la ordenada concordia entre los ciudadanos que gobiernan y los gobernados. La paz de la ciudad celestial es la unión ordenadísima y concorde para gozar de Dios y a la vez en Dios. Y la paz de

³ M. COMBARROS (ed.), *Poemas para orar*, BAC 2004, 78.

todas las cosas, es la tranquilidad del orden. Y el orden es la disposición que asigna a las cosas diferentes y a las iguales el lugar que les corresponde. Por consiguiente, los miserables, en cuanto tales, ciertamente no están en paz, no gozan de la tranquilidad del orden, exenta de turbaciones»⁴.

Y en uno de sus sermones al pueblo: «La paz es la serenidad de la mente, tranquilidad del alma, simplicidad del corazón, vínculo del amor, convivencia en la caridad»⁵.

¿Podemos pedir, mayores, jóvenes y pequeños, mejor regalo de Navidad? Felices y santos días.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Rafael Palmero Ramos". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping flourish at the end.

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

⁴ SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, 19,13,1.

⁵ *Ib.*, *Sermón 97*,1.